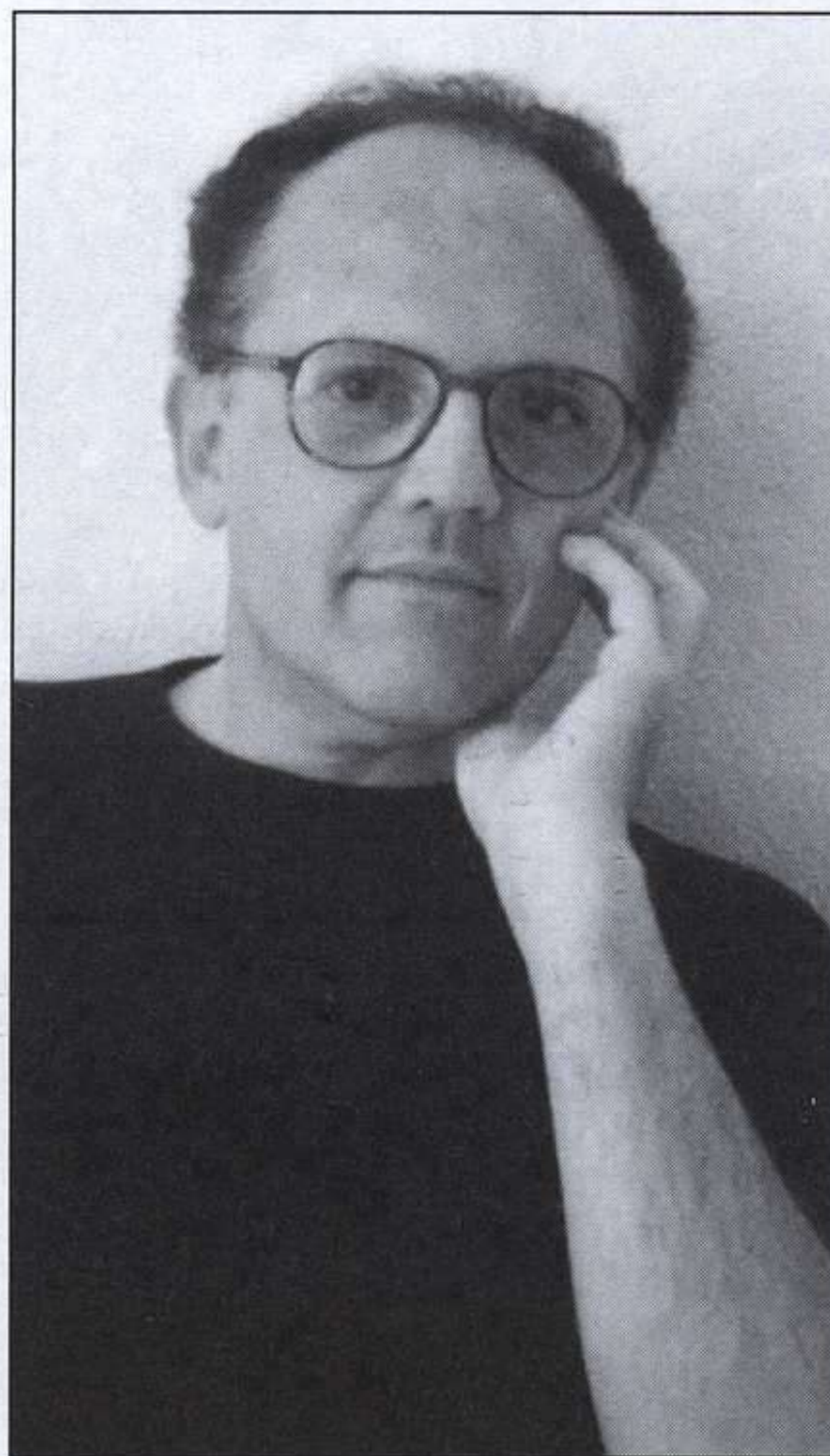


Carlos Puerto



Antes de bautizarme me llamaban a voces, pero desde entonces les he pedido que, por favor, me llamen por mi nombre de pila. Y se lo han tomado tan en serio que primero mi familia, luego mis amigos y ahora mis lectores me señalan con el dedo cada vez que publico un libro nuevo... ¡mira, ahí va Carlos Puerto!

¡Qué le voy a hacer! Incluso hay veces, cuando escribo algún libro autobiográfico de viajes, que yo mismo me lo llamo, y a nadie parece importarles.

La pregunta es: «¿Yo soy yo o mis personajes?». La respuesta podría ser: «Yo soy yo, pero mucho menos si no tuviera a mis personajes». Gracias a ellos puedo vivir varias vidas, hacer de detective (Ulises Cabal o Gustavo, el tío de Lara), de vampiro (Kasimir o Marqués de Brasov), de vagabundo musical (Sombrerete), de gemelos del

siglo VI (Norma y Marco) y sobre todo de maravillosa niña-chica-mujer (Rosa, Moira, Valeria, Cova...) aventurera, viajera y/o enamoradiza.

La verdad es que, aunque muchas veces proteste, soy una persona afortunada. Hago lo que quiero, escribir, y esta profesión-afición-placer me permite vivir (no sólo sobrevivir) y viajar (mi otra pasión). Y tener amigos en todos los colegios de España (tal vez también en algunos del extranjero, donde se hayan publicado mis libros traducidos).

¿Uno escribe para expresarse, para comunicarse, para ser querido, para ser comprendido, para...? Tal vez, ¡ojalá!, no sé, me importa un bledo...

Y ahora os dejo porque tengo que seguir escribiendo. O tal vez haciendo el equipaje para un nuevo viaje. ¿Acaso no es lo mismo?

Bibliografía (selección)

El niño de un millón de años, Gijón: Júcar, 1987.
Niña Claudia, Zaragoza: Edelvives, 1987.
Un elefante bajo la cama, Barcelona: Ediciones B, 1988.
El misterio del león de piedra, Zaragoza: Edelvives, 1988.
Los mundos de Yupi, Zaragoza: Edelvives, 1989.
La rosa del desierto, Zaragoza: Edelvives, 1990.
Sombrerete y Fosfatina, Madrid: SM, 1990.
Akuna Matata, Madrid: SM, 1991.

Un pingüino en el desierto, Madrid: SM, 1991.
La rosa de los hielos, Zaragoza: Edelvives, 1991.
El rugido de la leona, Madrid: SM, 1992.
Veneno de cobra, Barcelona: Timun Mas, 1992.
Cita con los muertos vivientes, Barcelona: Timun Mas, 1993.
Los niños de cristal, Barcelona: Edebé, 1993.
El misterio del Teatro del Crimen, Zaragoza: Edelvives, 1993.
El planeta de Mila, Madrid: Anaya, 1993.
El amigo invisible, Madrid: SM, 1993.
Rasputín de los infiernos, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1994.

El secreto del libro sin letras, Barcelona: Junior, 1994.
El puñal veneciano, Madrid: Anaya, 1994.
El tesoro de la isla, Madrid: Anaya, 1994.
El secreto de los gemelos, Madrid: Gaviota, 1994.
La magia del cometa, Madrid: Gaviota, 1994.
El mensajero del tiempo, Madrid: Gaviota, 1995.
El bosque de Morlan, Madrid: Gaviota, 1995.
El monstruo de la laguna, Madrid: Anaya, 1995.
La huellas del misterio, León: Everest, 1995.
La orquesta subterránea, Madrid: SM, 1995.
Las alas de la pantera, Madrid: SM, 1995.

Loquinario

por Carlos Puerto

Ya en el mismo día de su bautizo, Loquinario demostró que lo suyo eran los disfraces. Como no le gustara el nombre que le iban a poner, ante un descuido de la madrina se escabulló por la pila del agua bendita abajo.

No tardaron en descubrirlo vestido de monaguillo, con cara de angelote inocente, incapaz de romper un plato. Lo delató su hambre atrasada, pues antes de llevarlo a la iglesia habían olvidado darle de mamar, y a Loquinario le gustaba la teta más que una lupa a un detective.

Al principio, los disfraces de Loquinario eran torpes, pues no tenía práctica e iba dejando por todas partes huellas de su afición.

Así, aquella vez que se transformó en heladero, el reguero de nata y fresa condujo a sus padres hasta la cuna donde el bebé se revolcaba en una crema que devoraba con cara risueña.

Y luego, más tarde, cuando conoció a una de las muchas niñas de sus sueños, Loquinario hizo de Cupido; pero se le escapó la flecha, yendo a clavarse en el orondo trasero de un guardia municipal, que para mayor inri había comido aquel día judías pintas con oreja. Los flatos que echó, no sólo por las orejas, sino sobre todo por otros lugares menos respetuosos, aún atufan a los vecinos del lugar, cuya leyenda corre de boca en boca, aunque sea tapándose las narices.

Pasó el tiempo, y Loquinario fue perfeccionando su habilidad. Con un periódico viejo era capaz de hacer una toca de monja en pocos segundos, y el cinturón de un batín se volvía en sus manos lazo de pajarita para dar paso a una perfecta imitación de poeta romántico:

Diera, alma mía, por cuanto espero
¡la fe, el espíritu, la tierra, el cielo!

Pero estos momentos a lo Gustavo Adolfo Bécquer eran breves, porque a Loquinario le gustaba pasar de un tema a otro tema, sin detenerse nunca.

Tal vez por eso tardaron tanto en cogerle después de lo que hizo con ocasión de la proclamación de candidato para la alcaldía de su ciudad.

Se disfrazó de candidato y ofreció el oro y el moro, como hacían los demás, pero en esta ocasión tirando la casa por la ventana. Primero una silla, después una mesilla de noche, seguidamente un perchero con un par de abrigos y hasta un paraguas. Decía, en su proclama, que los alcaldes tenían que ser austeros, desprenderse de lo superfluo.

Loquinario fue a parar a la casa de salud, al sanatorio mental, es decir al manicomio de Quitapesares.

Allí pasó una temporada muy tranquila (sólo se disfrazaba de jardinero para regar las plantas o de perro de

lanas para irse orinando en todos los árboles próximos al invernadero). De aquella época sus más conocidas intentonas fueron las de hacerse pasar por varios internos a la vez, para recibir doble o incluso triple ración de obsequios que traían las visitas.

Pero Loquinario no estaba hecho para permanecer encerrado y una tarde, aprovechando que llegaba la camioneta de la lavandería, cuando todos estaban ocupados cambiando la ropa sucia por la limpia, se las piró.

Enroscado como sólo él sabía hacerlo en momentos difíciles, pintarrajeado de negro como si soñara con el África austral, se hizo pasar por rueda de repuesto. Rodó y rodó hasta decir adiós al Quitapesares de su pesar.

Las dos siguientes noticias que tuve de él fueron deportivas. En la etapa final de la más importante vuelta ciclista, un corredor se destacó por encima de los demás, llegando a meta con varios minutos de adelanto.

Nadie se fijó en su dorsal, pues de lo contrario no le habrían dado los besos y el ramo de flores. Loquinario se llevó unos y otro, tras saludar muy ufano ante las cámaras de televisión.

Le echaron galgos para perseguirlo, pero éstos, al igual que Loquinario, todavía no han regresado.

La otra hazaña tuvo lugar en un campo de fútbol. Su equipo favorito iba perdiendo a sólo un par de minutos del final. Tras una disputa con



TASSIES.

el árbitro por un quítame allá ese fuera de juego, nadie se percató de que un once se había transformado en un doce. Y este nuevo jugador, alentado por los forofos de siempre que sólo quieren ver ganar a los suyos, corrió hasta la portería contraria y marcó. Gol.

El escándalo fue mayúsculo. El tanto fue dado de bueno. Luego, tras el

recuento de jugadores, anulado. Protestado por unos, exigido por los otros, el partido hubo de ser suspendido para evitar que las fieras saltaran las rejas de contención.

Para entonces Loquinario estaba ya en alta mar. Tal vez de marinero en un barco mercante, tal vez de balleonato comiendo placton o echando chorritos de agua por su espalda.

Desde entonces nadie le ha vuelto a ver.

Han corrido muchos rumores sobre su posible localización. Los más ingenuos le sitúan de barrendero en Singapur, donde por cierto no hay barrenderos porque arrojar un papel al suelo está castigado con pena de cárcel.

Los más malévolos le identifican

con tal o cual político, en las horas bajas en las que esos políticos cual o tal hacen cosas originales, divertidas e incluso beneficiosas para el país.

Personalmente le echo de menos. Cada aparición pública de Loquinario era una bocanada de aire fresco en un mundo de mediocridad, de aburrimiento o, incluso, de insensatez.

Algún día escribiré un libro sobre su vida, aunque tenga que inventarme esas partes de sus aventuras que sólo él conoce. No será una biografía, sino una novela. Pero se la dedicaré a todos los camaleones del mundo que, cada vez que se comen una mosca, alivian al planeta Tierra de un incómodo e insistente insecto díptero.

Adiós, Loquinario adiós. Nos volveremos a ver, te lo prometo.

F I N

Noticia de última hora:

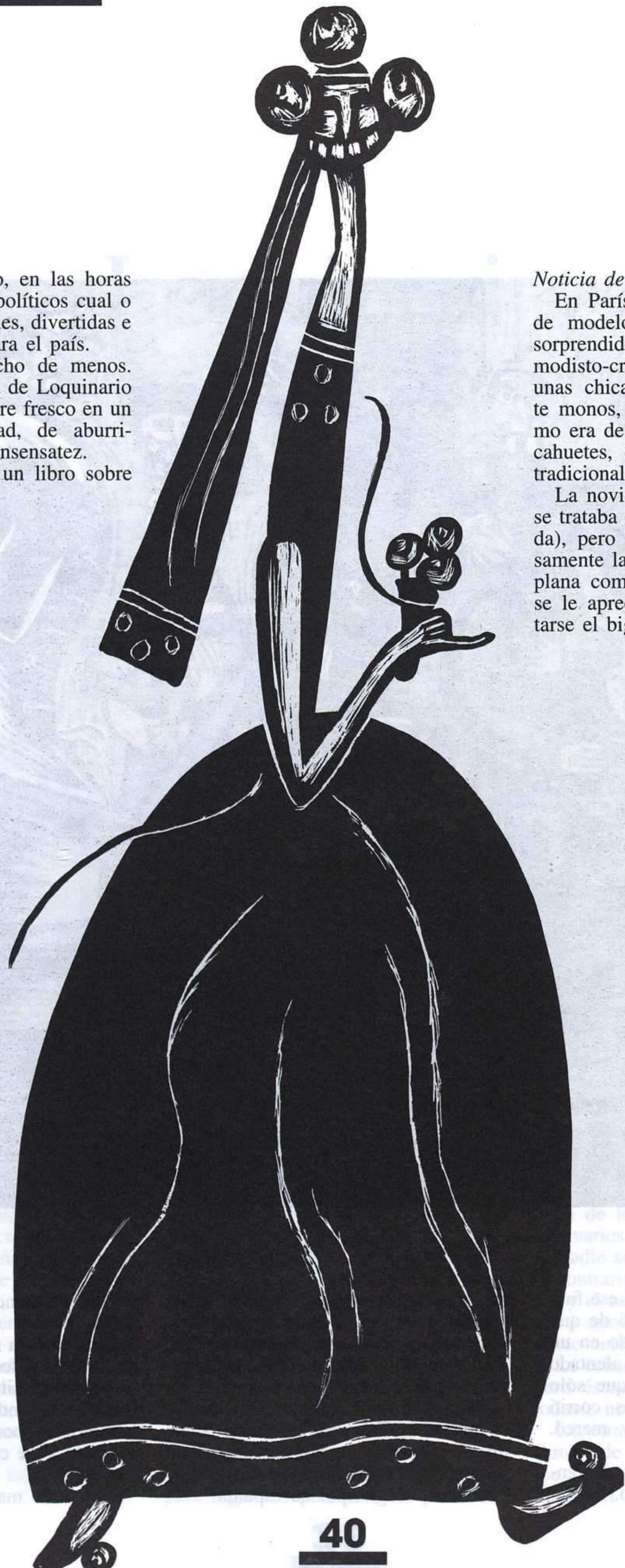
En París, durante el último desfile de modelos, todo el mundo quedó sorprendido por la excentricidad del modisto-creador *monsieur Tutú*. Tras unas chicas y chicos verdaderamente monos, todos ellos adornados, como era de esperar, por bananas y cacahuets, el desfile se cerró con el tradicional vestido de novia.

La novia iba de negro (decían que se trataba de un vestido de novia viuda), pero lo que llamó más poderosamente la atención es que la *top* era plana como una tabla de planchar y se le apreciaba que acababa de afeitarse el bigote.

Unos lo interpretaron como una genialidad del citado *monsieur Tutú*. Otros como una impertinencia, pues consideraban que ya iba siendo hora de que los niños jugaran con los niños y las niñas con las niñas, sin mezclarse.

Personalmente, sueño con que la vida puede volver a ser divertida. Porque, señoras y señores, atención, mucha atención: creo que lo que está sucediendo es, ni más ni menos, que ¡Loquinario ataca de nuevo!

Bienvenido sea.



TASSIES.